

LIBROS

Bruce Cook:
«La Generación Beat»

Quiquiera que haya nacido en la década de los 40 ó 50, puede, sin lugar a dudas, considerarse heredero indirecto de una generación que, aunque iniciada virtualmente por tres jóvenes poetas norteamericanos, pasó luego a convertirse en un modo nuevo de pensar, de escribir, de vivir y hasta de cantar.

Efectivamente, el concepto «beat» denota para nosotros inmediatamente una significación no siempre muy clara y mucho menos profunda en lo que a su origen y antecedentes sociales se refiere, pero suficientemente promocionado como para hacernos recordar que alguna vez y en algún lugar de la Tierra, un grupo de jóvenes supo interpretar un estado de cosas insostenible, supo denunciar con un énfasis rayando en lo paroxístico, un «statu quo» que atentaba castrar a toda una generación, y que supo, por fin, promover con un lenguaje entrecortado, punzante, grave e irónico, sin despreciar nunca, dicho sea de paso, un tono altamente lírico (quizá debamos decir, un nuevo modo de entender lo lírico), la necesidad de unos ideales estéticos-vivenciales que tuviesen que ver decididamente con el hombre marginado, golpeado y frustrado de la América opulenta. Este grupo de jóvenes fueron la Beat Generation, y es a propósito de este tema, que queremos presentar al lector de habla castellana, el texto

de crítico literario norteamericano Bruce Cook, publicado aquí por Barral Editores, La Generación Beat.

Lo que el crítico norteamericano nos propone en el mencionado libro es el itinerario, que, partiendo más o menos desde la finalización de la segunda guerra mundial, debieron recorrer las tres voces mayores de la Generación Beat, que fueron Kerouac, Ginsberg y Corso, hasta su gradual institucionalización, cuando no el lapidario olvido o el autoaniquilamiento físico como sucedió en el caso particular del autor de *En el camino*.

Bruce Cook, no obstante, no se detiene en el origen fáctico del fenómeno Beat, sino que rastrea su génesis hasta la misma tradición poética americana, iniciada por el pensador Henry David Thoreau, Walt Whitman y proseguida por Lee Marters, William Carlos Williams, etcétera.

Efectivamente, tenía forzosamente que estar en el estertoreo sonido de un Ginsberg, aquella sentencia del *Canto a mí mismo*. «¿No sabes, acaso, oh lenguaje, que los brotes se doblan bajo tu peso?».

Cook hace especial hincapié en dejar claro, que si bien el movimiento «beat» operó una ruptura en el «establishment» social y cultural de la norteamérica de Eisenhower, supo también, y fundamentalmente, recoger las enseñanzas (durante algunas décadas olvidadas) del autor de *Hojas de hierba*.

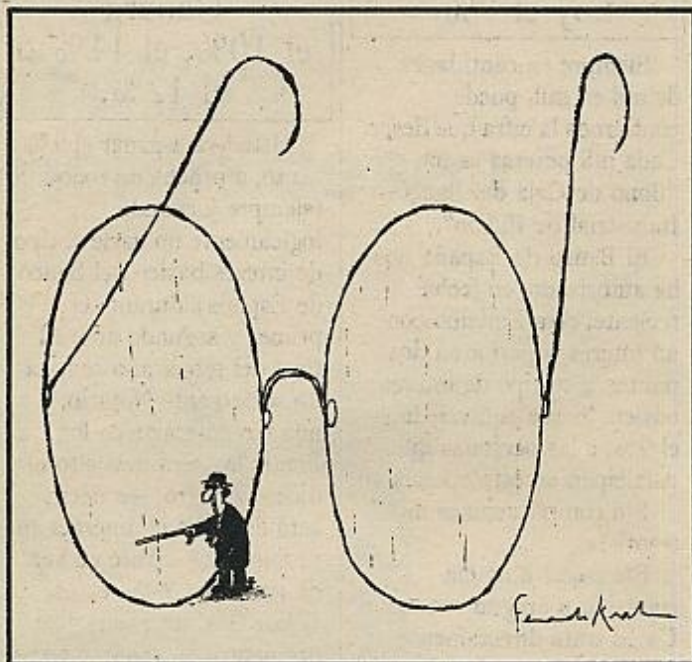
El mismo autor nos dice de este modo, cuando nos traza el parentesco cultural y espiritual entre Allen Ginsberg y Walt Whitman: «En efecto, desde su época de estudiante hasta hoy, los cambios verdaderos que ha experimentado su personalidad lo han conduci-

do cada vez más cerca del ideal de Whitman, incluso de la imagen física de Whitman».

El culto que las jóvenes generaciones habían profesado por el riguroso equilibrio formal, la objetivación en el plano poético de las búsquedas del pensamiento, el intelectualismo, todos estos elementos incuestionables de la poética de Eliot, sólo fue relevado una vez que aquellos sintieron directamente los efectos de la conflagración mundial. Resulta oportuno aquí citar el acertado juicio del crítico Ricardo Marco Barnatan, cuando nos dice: «Fue necesaria una tragedia tan escalofriante como la segunda guerra mundial, para que de entre sus cenizas comenzara a nacer una concepción distinta del hombre y de la sociedad norteamericana» (1).

Quizá allí, en aquel despegue de la poética de Eliot, estuviese la importancia decisiva del movimiento «Beat». Pero debemos dejar claramente establecido que dicho despegue significó algo mucho más profundo que un simple desplazamiento hacia otra instancia formal. Significó abandonar todo lo que la poesía de Eliot representaba. Era evidente que el férreo classicismo de Eliot (aunque esté junto a Pound, representara en cierto modo el movimiento vanguardista angloamericano), no se adaptaba a las exigencias de las nuevas generaciones de poetas. A propósito, Cook señala con precisión (sobre la mitad de su libro) una cuestión de vital importancia: la relación Pound-Beats. Esta relación se establece cuando él mismo Pound nos dice desde *Personas*; por ejemplo:

(1) Antología de la «Beat Generation», M. R. Barnatan, pág. 16. Ediciones Plaza & Janés, S. A.



Basta de suspirillos.
Basta de que nos
[turben los vientos
del crepúsculo.
¡Mirad la bella muer-
[ta! (2).

Este verso, como tantos otros de sus *Cantos*, son los que producirían uno de los cambios más radicales en la poesía norteamericana. Precisamente sus *Cantos* fueron si no el «leit motiv», por lo menos un toque de atención para que la estética deviniera una ética en la mente de muchos jóvenes poetas. Una ética literaria que produjera un espacio abierto sobre poder escribir con énfasis, con desnudez y hondura. Quizá Charles Olson haya sido un puente ineludible entre la ruptura que representaba con el pasado, Pound y las nuevas generaciones de vates. Su teoría de lo *Abierto o Composición en el Campo*, no puede entenderse si antes no recogemos con detenimiento el modo conversacional mediante el cual se articulan los *Cantos*, de Pound.

Efectivamente Cook nos sugiere con eficacia

(2) Introducción a *Ezra Pound*, pág. 25. Ed. Barral Editores.

de que forma una idea poética elaborada desde fuera de los límites formales tradicionales, que quisiese transformar ella misma el sujeto activo de la creación y por añadidura de la Historia, tenía que partir del mismísimo Pound.

Cook nos recuerda también que William Carlos Williams fue otro poeta crucial a la hora de establecer relaciones.

Como dice el mismo autor, tal vez «De los dos, la influencia del doctor Williams ha sido la más directa y penetrante —quizá sólo porque siempre fue el más física e intelectualmente accesible». Recorde-mos, dicho sea de paso, que es en la década de los 50 que Pound es encerrado en el hospital de enajenados mentales St. Elizabeth, quedando, por lo tanto, interrumpido el círculo de influencias e intercambios de opiniones creativas entre el maestro y los nuevos poetas.

Sentimos mucho no poder seguir capítulo por capítulo la estructura de la *Generación Beat*. Por ejemplo, sería interesante adentrarnos en el apartado dedicado a la génesis de *En el ca-*

mino, y rastrear junto con Cook las aventuras y desventuras que permitieron u obligaron casi a escribir a Kerouac una de las novelas más leídas por la juventud de todo el mundo, durante la década de los sesenta, junto a otra no menos difundida del mismo autor titulada «Los vagabundos del Dharmia».

Igualmente interesantes y sugestivos resultan los capítulos referentes a los «beats» cuando Cook los conecta con las opiniones y declaraciones de N. Mailer y W. Burroughs.

Otra cuestión que invita a una pausada reflexión es la tan manipulada relación «Beat-Música». A este respecto dice Cook: «En su tiempo, los «beats» hicieron una tentativa, un torpe e infructuoso intento de identificarse con el «jazz». Sentían que era su música, y su pasión por el «jazz» les confirmó que eran una raza diferente de los poetas académicos, de labios fruncidos que vivían para sus preciosas veladas de Bach y Mozart».

Bastaría leer el título de algunos poemas de